

La bella Rosa Silvestre

Mucho, mucho tiempo atrás había un rey y una reina que todos los días decían:

- Ah, si tuviésemos una niña! Y nunca les llegaba uno. Sucedió una vez cuando se había sentado en la bañera, que una rana saltó a la orilla y le dijo:
- Se cumplirá tu deseo; antes de un año darás a luz a un hija,

Y sucedió tal como la rana lo anunciara: la Reina tuvo una niña tan hermosa, que el Rey no cabía en sí de alegría, u preparó una gran fiesta. No solo invitó a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las sabias doncellas con la esperanza de que se mostrasen generosas con su niño. Trece doncellas había en el reino, y como el Rey solo tenía doce platos de oro para servirles, tuvo que dejar de invitar a una de ellas, Celebróse la fiesta con todo esplendor, y al terminar, cada una de las doncellas sabias le concedió un don a la niña recién nacida, Una le otorgó la virtud, la otra la belleza, la tercera la riqueza, y así sucesivamente, dotándola de cuando en el mundo hay para desear. Cuando ya once habían pronunciado su gracia, de pronto presentóse la doncella decimotercera que, deseando vengarse por no haber sido invitada a la fiesta, sin saludar ni mirar a nadie, clamó con una fuerte voz:

- La princesa se pinchará con un huso habiendo cumplido los quince años, y caerá muerta-. Y sin añadir otra palabra volvió la espalda y salió de la sala.

Todos los presentes quedaron aterrados, Quedaba aún la duodécima doncella que no había expresado todavía su don y que, si bien no tenía poder para anular la fatal sentencia, podía atenuarla. Se adelantó pues, y dijo:

- La princesa no quedará muerta, sino durmiendo un sueño profundo que durará cien años.

El Rey que quería preservar a su querida hija de la desgracia, dio la orden por la que mandaba quemar todos los husos que hubiera en el reino, En la muchacha todas las gracias concedidas por las doncellas se cumplieron, pues era tan hermosa, modesta, afable y obediente, todo aquel que la miraba, debía quererla, El día en que cumplió los quince años, el Rey y la Reina se hallaban ausentes del castillo u la muchacha había quedado sola, Aprovechó la ocasión para recorrerlo todo, entrando en los salones y aposentos en que se le antojaba, y al fin llegó a una antigua torre, Trepano por la estrecha escalera caracol que conducía a lo alto, encontróse frente a una puertecita. En la cerradura había una llave oxidada. Dióle la vuelta, abrióse la puerta y apareció, en un pequeño cuartito, una mujer muy vieja que manejando un huso, hilaba laboriosamente su lino:

- Buenos días, vieja madrecita- dijo la hija del Rey-¿Qué haces aquí?
- Estoy hilando- dijo la vieja moviendo la cabeza.
- ¿Y qué es cosa que rueda tan alegremente? - preguntó la muchacha, y tomando el huso, quiso hilar también. Mas apenas lo hubo tocado realizóse la profesía: se pinchó el dedo con él.

En el mismo momento que sintió el pinchazo, cayó sobre la cama y quedó profundamente dormida. Y su sueño se propagó por todo el castillo. El Rey y la Reina, que acababan de regresar y se hallaban en el salón, quedáronse dormidos, y con ellos toda la corte, Y se durmieron también los caballos en el establo, los perros en el patio, las palomas en el tejado, las moscas en la pared... Hasta el fuego que llameaba en el hogar quedó inmóvil y dormido, y el asado dejó de cocer, y el cocinero, que se disponía a tirar del cabello al pinche por alguna travesura suya, lo soltó y se quedó dormido. Amainó el viento y en los árboles que rodeaban el castillo ya no se movió ni una sola hoja.

Pero en torno al castillo empezó a crecer un seto de rosales silvestres que cada año adquiría mayor altura y acabó, al fin, por rodear todo el castillo, cubriendo todo, hasta la bandera en el techo. Pero por todo el reino empezó a cundir la leyenda de la bella princesa durmiente, llamada desde entonces Rosa Silvestre. Y de cuando en cuando se presentaban príncipes dispuestos a penetrar en el castillo atravesando el seto espinoso, pero

jamás lo conseguían, porque era como si los espinos tuviesen manos, que los aprisionaban y los jóvenes quedaban allí atrapados, sin poder ya soltarse, y morían de una muerte cruel.

Al cabo de muchos años llegó al país el hijo de un rey y oyó relatar a un anciano la historia del seto espinoso, dentro del cual había un castillo habitado por una bellísima princesa llamada Rosa Silvestre, que estaba sumida en un profundo sueño junto con el Rey, la Reina y toda la corte. Sabía también, por habérselo oído decir a su abuelo, que ya muchos príncipes intentaron penetrar en el castillo quedando aprisionados entre los espinos, y acabando con una triste muerte.

Dijo entonces:

- Yo no le temo, yo la quiero ver a la bella princesa- fue inútil que el buen viejo tratara de disuadirlo; el príncipe no hizo caso de sus palabras.

Habiendo transcurrida ya los cien años, llegó el día del despertar de la bella Rosa Silvestre. Cuando el hijo del Rey se aproximó al seto de rosales silvestres, encontróse con grandes y hermosas flores que, apartándose por sí solas, le abrieron paso dejándolo avanzar sin daño, para volverse a cerrar detrás de él. En el patio del castillo vio los caballos y los perros de caza con manchas, tumbados durmiendo, y en el tejado las palomas, inmóviles, tenían todas la cabeza debajo del ala, y cuando entró en el edificio dormían las moscas en la pared, el cocinero tenía aún la mano extendida como para atrapar al pinche, y la criada continuaba sentada delante del pollo negro a punto de desplumarlo. Prosiguiendo, encontróse en el gran salón con toda la corte, que yacía en el suelo dormida, y en el trono estaban el Rey y la Reina. Siguió andando, y en todas partes reinaba tanto silencio, que podía oír su propia respiración

Finalmente llegó a la torre, y abrió la puerta del pequeño cuartito donde dormía Rosa Silvestre. Yacía en la cama y era tan hermosa que no podía apartar de ella los ojos; luego se inclinó y le dio un beso, No bien la había tocado con el beso, la bella Rosa Silvestre abrió los ojos y lo miró con cariño. Bajaron juntos y, el Rey y la Reina y todos los cortesanos, se despertaron y se miraron con grandes ojos. Y los caballos en el establo se

volvieron a parar y se sacudieron: los perros de caza comenzaron a saltar y a mover la cola; las palomas del tejado sacaron la cabecita de debajo del ala, y mirando a su alrededor, emprendieron el vuelo hacia los campos; las moscas siguieron andando por la pared; avivóse el fuego del hogar, echó llamarada y se puso a cocer la comida; el asado volvió a chirriar; el cocinero dio al pinche un bofetón tan fuerte que lo hizo chillar, y la criada terminó de desplumar el pollo. Celebróse entonces la boda del hijo del Rey con la bella Rosa Silvestre con el mayor esplendor, y todos vivieron felices hasta el fin del mundo.